

Carlos Arámbulo

Ritornello

(Coda para un cuadro de Rafael Hastings)

"Nynpharum membra disjecta"

(Dispersos los miembros de la ninfa)

Chorreando contenido, atados los sentidos a la luz, velando paciente el amarillo de Nápoles sobre los distendidos algodones en el horizonte, tintos ya de ella, tuerce apenas la muñeca, casi nada; el ángulo preciso que arrastra en su descenso el golpe fulminante de luz; Pachacamac, el templo del viejo dios erigiéndose nuevamente, reviviendo los excelsos adobes heridos por el polvo, la acumulación de arenas y el rastrillo de la muerte. Una figura femenina, Miranda empalidecida, desnudándose plácida y rodeada de las ruinas y ofrendas soterradas, el volumen de la radio del automóvil, la voz estólida, monocorde

del guía: *“La Fortaleza de Pachacamac no es tal; se trata de un centro ritual que...”* y entonces otro golpe más, una exigencia más del ojo, inconforme ante el matiz, y la mano obediente que acaricia el cuerpo de Miranda coloreado de arena y tiempo, incorruptible ante la decadencia de los dioses tutelares, presidiendo, luego, el ensueño de altavoces, sirenas, automóviles que frenan bruscamente y los golpes constantes, los golpes y los gritos ahí, donde comienza el otro mundo, el irrepresentable mundo de los hechos que le obliga a pintar los movimientos del aire alrededor de los cuerpos, la sutil realización física de una emoción transformando los movimientos del alma humana, sus más insólitas mociones, en desplazamientos físicos para decirnos cuán terribles somos, qué inconfesable partitura retuerce nuestros cuerpos como entonces, suspendida sobre la trama del desierto, Miranda balanceaba su sonrisa entre un extremo y otro del mar.

Salpicaduras de color caminan de puntillas sobre el lienzo. Miranda voltea y deja de sonreír; ¿era el final del verano o sólo una certeza lo que manaba de sus ojos? Quizá el reflejo del ídolo en ellos y la sudoración nerviosa de H. ante el dios que contempla los cuatro límites del cosmos apabullándolo con su indescifrable androginia y sus cruentos rituales de ofrenda de despojos humanos que rampan bajo sus pies, filtrando su presencia bajo toneladas de arena, ahora sombras casi imperceptibles en la pintura, apenas unas cuantas imprecisiones, temblores del pincel “Fallas del remate” –dirían los críticos– “o quizá algo de las sombras vivientes de Tiziano” –sentenciarían aún más doctos–. Y a pesar de nuevos golpes a la puerta, entre las coladas de carajos y órdenes categóricas, brotaría nuevamente un recorrido más de color, un último ajuste a la armonía o un homenaje más a la realidad de la separación ante la proximidad de aquellos que no tardarían en irrumpir armados y

furiosos, colocando revólveres oxidados sobre su nuca, torciéndole los brazos ante cámaras de televisión y vecinos curiosos. Potentes luces y, más allá, lejos del barullo, Miranda sonriendo apenada, repitiendo "se acabó, esta vez sí se acabó" y rogando silencio, acercándose al borde del Templo Viejo y brillando entre el gris-celeste del cielo, los adobes negros y el inicio del vacío, reino de aquel dios terrible que podía destruir el universo (¡Ah, Miranda! Tú otra divinidad) simplemente moviéndose (los labios contra el cielo), desordenando el mundo (Ella de espaldas) reclamando una ofrenda (una mano cariñosa). Miranda voltea; un pequeño error en el cuadro, un color sobrante en la armonía. Entonces la mano dócil acaricia un seno y, calibrando la mirada angustiada, un codo se estira con suavidad, apartando ese cuerpo, borrando ese color que cae y cae rebotando desbocado, dispersándose sobre el fondo amarillo de Nápoles.